

MARCADOS POR LA FIDELIDAD

Por Javier Leoz

1.- Hagamos, memoria, y de la buena. Si ayer recordábamos la gloria y la plenitud de Todos los Santos, hoy –en esta festividad de Todos los Difuntos- el corazón se abre, como si de una agenda se tratara, para recordar y no olvidar, a todos aquellos que han conformado nuestras familias. Aquellos que dejaron una marca indeleble en nuestra historia personal y cristiana.

Su presencia fue motivo de gozo y de alegría para todos nosotros. Muchos de ellos, sobre todos los padres, nos enseñaron a caminar, a ser personas con verdad y a mirar al cielo agradeciendo a Dios la vida y la misma fe.

En este dos de noviembre, echamos un vistazo a muchos rincones de nuestras casas y observamos que hay muchas presencias que nos siguen hablando de los que han partido. Vacíos que ya nadie podrá ocupar. Palabras que, al ser pronunciadas, nos llevan a respetar la memoria de aquellos que las pronunciaron con el único interés de ayudar y de animarnos a vivir.

En la fiesta de Todos los Fieles Difuntos, conmemoramos sobre todo, la fidelidad de nuestros seres queridos.

- **Fueron fieles a Dios.** No se conformaron con ser bautizados. Escucharon sus Palabra. La meditaron y, con apuros o con contradicciones, la intentaron llevar a feliz término. A su propia vida. Luego, la debilidad y el maligno, al inmiscuirse, entorpecieron en algunos instantes, ese deseo de ser amigos de Dios hasta el final. Pero en eso estuvieron: ¡quisieron ser fieles!

- **Fueron entusiastas del Señor.** Creyeron a pies juntillas que, su Resurrección, era la gran noticia después de la muerte. Y que, por lo tanto, merecía la pena vivir con la veleta apuntando hacia el cielo y con las manos trabajando santamente por las cosas y por las personas que el día ponía a su encuentro.

- **Fueron "fieles".** Con sus más y con sus menos. No se agarraron ni a la vanidad ni levantaron la pancarta de "¡somos los mejores!" Con ser fieles, en lo poco y a veces en lo mucho, pasaron por la tierra dejando detrás de sí, un camino por el que, sus familiares, hijos, amigos y conocidos, seguimos avanzando y recordándolos ante Dios.

- **Fueron creyentes.** Y, sus convicciones, -al contrario de muchos de nosotros- las transmitían con total naturalidad y, sobre todo, con obligación moral. Para los suyos querían lo mejor. ¿Y qué era lo supremo para ellos? ¡Dios! ¡Siempre Dios! ¿Qué mejor regalo a descubrir en la eternidad que la felicidad y el encanto de ver, disfrutar y estar junto a Dios? En ello estuvieron: ¡quisieron ser fieles!

2.- Por ello mismo, porque no los queremos en la antesala del cielo sino, un día, gozando cara a cara de la presencia de Dios, rezamos por ellos. En estas horas del dos de noviembre, parece que su silencio habla o que su ausencia nos indica algo: ¡nos volveremos a ver!

Es el acto de fe que, en este día de esperanza y de oración, hacemos en nombre de aquellos que, un buen día, lo hicieron por otros.

No escuchamos sus voces; pero se mantiene su eco

No vemos sus rostros; pero en el corazón siguen viviendo

No están sentados en nuestra mesa; pero siempre hay un sitio para ellos

No comparten físicamente nuestras fiestas; pero se unen espiritualmente a nosotros

No disfrutan de lo que hoy saboreamos; pero nos preparan una fiesta en el cielo

No nos pueden alertar de mil peligros; pero ante Dios imploran su intervención

¡Sí, amigos! El día de Todos los Difuntos, es ese mosaico integrado por todos los hombres y mujeres, de todos los tiempos, de toda la Iglesia, que han intentado ser FIELES al Señor.

3.- Que nuestra oración complete lo que falta a lo que ellos, por diversas causas, no llegaron a conseguir.

Que nuestro recuerdo, nuestras flores y hasta nuestras lágrimas, sean expresión de un agradecimiento por tanto y bueno que nos legaron mientras tuvimos la oportunidad de tenerlos entre nosotros.

¿Qué les decimos y qué les damos a cambio? Les digamos: ¡descansad en paz! Y les ofrezcamos la riqueza de nuestra oración y nuestra certeza de la esperanza en la resurrección conquistada por Cristo.

Hoy, no puede ser de otra manera, nuestra memoria nos hace estrechar nuestros lazos con aquellos que nos ha precedido en el camino de la vida. Visitar el camposanto, regar con nuestra oración el lugar donde descansan y elevar nuestros ojos al cielo nos hará recordar aquello que dijo Jesús: “todo aquel que me da el Padre viene hacia mí.” (Jn 6:37)

Que descansen en paz. Un paz que, tal vez el mundo, no les pudo dar en la medida que quisieron y merecieron.

4.- HUBIERA QUERIDO

Hablar más menudo contigo,
pero siempre tenía excusas y obstáculos
Permanecer a tu lado cuando me necesitabas,
pero fui cántaro de casa ajena
Escucharte cuando tenías mil quejas que darme,
pero te contesté que como tú había muchos en el mundo
Ayudarte cuando te vi débil o torpe en tu caminar
pero yo iba demasiado deprisa para detenerme
Abrazarte para que sintieras el calor del amor
pero andaba demasiado entretenido con mis propios amores
Enseñarte lo que nunca viste
pero comprendí que perdía mucho tiempo para mi propio ego
Calmarte cuando te encontrabas disgustado
pero, en más de una ocasión, pensé que era todo cuento

HUBIERA QUERIDO Y AHORA ME ARREPIENTO

Tengo mil palabras y ya no sé como decírtelo
Añoro tu presencia, y tu ausencia interpela a mi conciencia
Al regresar a casa, veo el gran tesoro que he perdido
Mis manos jóvenes, ahora se brindan para lo que ya no es necesario
Mi abrazo ha quedado huérfano, sin respuesta, por no haberlo dado a tiempo
¡Qué verdad es!:

Los grandes amores son aquellos que conmigo convivieron

HUBIERA QUERIDO... ¡TANTAS COSAS HUBIERA QUERIDO!

Déjame por lo menos; padre, madre, hermano, amigo, vecino,
Maestro, sacerdote, deciros que, agradecido os pido perdón
por lo que no pude o no supe hacer, cuando estaba a tiempo.
Amén.